

CAPITULO LXXXI.

Toma de Segura y Castellote.

Antes de pasar adelante en los sucesos que venimos refiriendo, nos es preciso decir algunas palabras sobre el estado político de España en el primer semestre de 1840.

Gobernaba el gabinete Castro-Arrazola, con gran descontento del país, que creía ver en su conducta una marcada tendencia hácia el sistema absoluto.

Habiéndose disuelto las córtes progresistas de 1839, se procedió á nuevas elecciones y resultaron unas cámaras con mayoría moderada y absolutista.

Desde las primeras sesiones manifestáronse ya síntomas alarmantes, preludiando los borrascosos disturbios que amenazaban al país.

Los diputados de la minoría entre los que se contaba D. Salustiano de Olózaga, empezaron á tantear los medios que la ley y el reglamento ponían en sus manos para retardar ó entorpecer la obra de sus adversarios.

Las córtes se abrieron el 18 de febrero, pronunciando la Reina regente el discurso de apertura, y ya el 23 y 24 del mismo mes, hubo sucesos que hicieron temer por el orden público, que se vió gravemente amenazado.

La agitacion fué en aumento, hubo varios motines, declarándose Madrid en estado de sitio; durante veinticuatro dias, en cuyo período pudieron cómodamente las córtes ir aprobando sin escrúpulo todas las actas de las provincias en que habia triunfado el gobierno, dedicándose este sin descanso y sin las trabas que le impusiera la ley á perseguir á los progresistas, que en la capital de la monarquía pudieran entonces ser blanco y objeto apropiado para saciar los rencores y las venganzas ministeriales, alzando así el poderío de un partido sobre la humillacion y ruina de sus adversarios.

Mientras los disturbios de la capital, el general Espartero se disponia á emprender nuevas operaciones de campaña.

Cabrera habia sufrido una terrible enfermedad durante varios meses; pero hallábase ya mejor y en disposicion de ponerse al frente de sus tropas.

El pretendiente le confirió desde Bourges el mando en jefe de los ejércitos de Cataluña, Aragon, Valencia y Murcia, con el fin de concentrar la accion militar dándola impulso y unidad, y fiándola á las manos mas espertas de cuantas en el ejército carlista hacian la campaña.

Era tal la confianza que tenia Cabrera en alcanzar la victoria, aun despues de celebrado el convenio de Vergara, que habiéndosele presentado dos coroneles ingleses, comisionados por Lord Palmerston, en su cuartel general de

Biera, antes de que los extranjeros hablasen palabra alguna adelantóse á decirles: «ya estoy enterado del objeto de vuestra visita.» Les invitó á comer recayendo naturalmente la conversacion sobre diversos puntos; mas luego que los huéspedes empezaron á tratar con su calma proverbial, de la terminacion de la guerra durante un convenio, salióes Cabrera al encuentro diciéndoles con viveza y acritud:

—No quiero oir hablar de política. Ya sé que todos vuestros convenios, todos vuestros pasos, se dirigen al provecho de vuestro comercio. Si quereis venderme fusiles los pagaré á dinero contante.

Miráronse entre sí mohinos los ingleses, y viendo cuanto tenia de arriesgado el proyecto que les llevaba al campo carlista, luego de terminada la comida se retiraron sin replicar palabra.

Al dia siguiente, tuvo Cabrera el capricho de dirigirles la siguiente carta:

Señores: agobiado por la multitud de negocios que me rodean, me habia olvidado de deciros que he alistado doce batallones de mozos del pais, habituados al ejercicio del fusil. Pero me hallo falto enteramente de armas para equiparlos; si quisierais venderme algunas, depositándolas en casa de mis agentes en Lóndres, podeis asegurar á Lord Palmerston de mi parte, que dentro de tres meses, le haré un digno regalo con la cabeza de Rafael Maroto, pues que éste no ha cumplido la promesa de entregar al comodoro Ilay, la persona de mi rey y señor. Interin aguardo vuestra contestacion etc.

El CONDE DE MORELLA.»

En todas sus palabras y en todos sus actos mostraba

siempre este guerrero los grandes ánimos que tenia, de oponer fuerte resistencia á los constitucionales. Cuando disponia los aprestos para la defensa en Cantavieja y Morella, abastionando estas plazas y proveyéndolas de las competentes vituallas, decia exortando á los suyos.—*Aquí moriremos todos; pero no nos rendiremos.*

Pero estas bravatas del caudillo tortosino, eran hijas de la desesperacion, sin que bastasen á levantar el decaido ánimo de sus soldados, abatidos ya á consecuencia de los sucesos del Norte.

Mucho debieron amenguar las esperanzas de Cabrera al saber la rendicion del fuerte de Segura, tomada por Espartero, con general entusiasmo de sus aguerridas tropas el mismo dia de san Baldomero, que el ilustre general quiso conmemorar clavando por sí mismo en la elevada torre del Homenaje, el estandarte de la libertad.

Tanta confianza le inspiraba á Cabrera este castillo, que en uno de sus muros leian los constitucionales la siguiente inscripcion: *Segura siempre será Segura, ó de Ramon Cabrera sepultura.*

Mas ella cayó al fin en poder del Duque de la Victoria, sin que por su mal estado de salud pudiera Cabrera socorrerla. Tan grande fué la impresion que hizo en su ánimo la pérdida de esta fortaleza, que sufrió una grave recaida en Mora de Ebro donde tenia su cuartel general.

Cerca de 20,000 hombres componian su temible ejército; pero ni el estado de su salud, ni el desaliento que reinaba en sus huestes, desaliento que cundia á medida de las victorias que alcanzaban las tropas de la Reina, podian permitir que el poder de los carlistas contrastase al de 80,000 in-

fantes y mas de 6,000 caballos, que con un formidable tren de batir, formaban el total de las fuerzas contrarias.

Sin embargo, guiados por la mas estricta imparcialidad justo es confesar, que los diez meses que resistieron los carlistas de Aragon y Cataluña al colosal ejército del conde-duque, prueban muy bien que la constancia y el valor no eran solo patrimonio de las tropas liberales; las que defendian el absolutismo siendo españolas como aquellas, estaban dotadas tambien de relevantes cualidades.

Despues de la importante toma de Segura, fijó Espartero la vista en Castellote, baluarte inespugnable que tiene su asiento sobre una erguida y escarpada roca, que domina á un pueblo de dos mil almas, perezosamente recostado en la falda de la peña que lleva el mismo nombre. Este antiquísimo castillo cuya parte mas respetable era la occidental, terminaba en una torre de homenaje, obra de muchos siglos, pero de estremada solidez, que ostentaba ondeando en las erizadas almenas de este torreón una bandera negra.

Los defensores habian querido sin duda alguna, significar en un símbolo tan lúgubre que moririan antes de rendirse.

Resuelto el Duque á apoderarse de tan importante fortaleza para fijar en sus torres la alegre y magestuosa enseña de la libertad en vez del negro pendon de esclavitud y muerte, que habian plantado los rebeldes, se dispuso á acometer por si solo la empresa, mandando al general O'donnell á conquistar el castillo de Aliaga.

Dada por el duque la señal de ataque, fué este decidido por una y otra parte, jugando al propio tiempo la artille-

ría, y temiendo el carlista verse envuelto, abandonó con poca resistencia el cerro del calvario y la poblacion.

Un horrible cañoneo combatió el fuerte, quedando arruinado en pocas horas el torreón mas saliente. Un numeroso cordon de tiradores ofendia con incalculable daño á los sitiados, defendiéndose estos con grande obstinacion, dando muestras de un valor desesperado, y arrojando infinitas granadas á los acometedores.

En pocas horas quedó casi destruido el castillo, maltratado el edificio, derribada la corona del imponente torreón llamado del Homenaje y rota en fin el asta de la bandera que le ondeaba orgullosa en aquellas almenas encumbradas.

Tales fueron los destrozos que en este dia 25 ocasionaron los del cerco á los pertinaces defensores de Castellote.

Ni aun podian estos ya siquiera penetrar por la torre del vigía no siendo enteramente al descubierto; pero era grande su valor y llegaba á un extremo, visto pocas veces su arrojo, que destruidas las aspilleras, servíanse de las que les ocasionaban los proyectiles de los sitiadores, y cuando una bala de estos abria tronera en las paredes, al punto asomaban por ella cuatro ó cinco fusiles carlistas respondiendo con sus fuegos á los que desde el campo les hacian tanto detrimento.

Ofendíales el cordon de tiradores con un fuego intensísimo, recibiendo visiblemente muchos carlistas una muerte horrorosa, producida por las balas y granadas de la artillería y por los escombrosos del castillo que se desprendian sepultándolos en sus ruinas.

Mas á pesar de esto no cejaban todavía en su terrible empeño aquellos bravos, dignos de emplearse en mejor causa y que parecian en medio del fuego furias fantásticas escapadas del averno.

CAPITULO LXXXII.

Rendicion de Castellote.

Siendo grande el espesor y la solidez de la torre principal de Occidente, no era posible arruinarla en muchos dias, y viendo Espartero tanta constancia en la defensa, dispuso privarles tambien de este último refugio.

El medio mas eficaz, pronto y seguro era sin duda el de la mina, y al efecto mandó practicar un reconocimiento al pié del muro por oficiales del cuerpo de ingenieros que encontraron fácil la empresa, si bien era peligrosa, por el terreno que tenian que atravesar sufriendo el daño que ocasionaran los rebeldes.

Pero tantos riesgos fueron por fin arrostrados con serenidad y arrojo por los bizarros zapadores de los constitucionales, que cargados de enormes tablones y de todos los útiles para el blindage, treparon á pecho descubierto por aquellos despeñaderos en donde apenas se podia sentar la planta.

El blindage quedó establecido y á cubierto de él fué socavado el muro. Durante la operacion en la cual se invirtieron largas horas, no cesaron un instante los sitiados de arrojar granadas de mano y piedras, haciendo á la vez un continuado fuego por los matacanes de la garita que estaba situada en el ángulo del torreón por donde se ejecutaba el trabajo, el cual era protegido por los tiradores, colocados en las peñas de la cordillera y que hacian fuego sin cesar un instante, como tambien por la esplosion de infinitas granadas de mano y por algunas piezas que dirigian sus tiros á la cresta de la torre.

Viéronse los sitiados en la imposibilidad de penetrar en la garita por el grande acierto de tantos disparos: y juzgando que su mucho peso aplastaria á los minadores, consiguieron á fuerza de palancas lanzarla sobre el blindaje.

Terrible y espantosa defensa; tremenda y sangrienta á su vez, la espugnacion que hicieron los constitucionales á aquel asilo del valor y la desesperacion!...

Momentos de agonía y de horror sucedíanse allí sin cesar.

Un parlamentario que envia Espartero es despedido al toque de marcha y á balazos por los frenéticos defensores de la fortaleza que no quieren darle oídos. Era de ver como se presentaban estos sobre el muro á cuerpo descubierto y sin mas parapeto que sus pechos con los cuales retaban impávidos la horrible metralla que arrojaban al fuerte sus acometedores, pensando solo en el despique y ofendiéndoles desde allí con cuantos objetos podian haber á las manos.

Con no menor porfía lidiaban los de abajo, pues, que

los minadores continuaban tenaces en su faena bajo un diluvio de piedras y de balas, y cuando veían que algún compañero caía muerto, presentábase otro al punto á recoger la herramienta de sus manos moribundas, ocupando sin perder un instante aquel lugar y prosiguiendo firmes en llevar adelante su comenzada obra.

A pesar de tantos peligros y dificultades, muerto un oficial y heridos seis soldados de zapa, lograron al fin tener abierto al terminar el día un hornillo donde cabrían unos dos quintales de pólvora, al cual solo faltaba cargarle.

Durante la noche que se siguió á este día horroroso no cesaron los sitiadores de disparar granadas al pueblo y á las baterías del cerco; y á fin de reparar el grande estrago que habia ocasionado la artillería de los constitucionales en las obras del castillo, cuyo primer recinto y aun parte del segundo habian ido á tierra, construyeron nuevos atrincheramientos en la torre del Homenaje y en el tercer recinto, valiéndose al efecto de trozos de árboles y sacos de arina, arroz y otras vituallas destinadas á su manutencion, consagrándolas á su defensa, acto que solo podia dictar la desesperacion y el frenesí de aquellos hombres que esperaban imperturbables la muerte, entre los escombros, el fuego y el hierro.

Amaneció por fin el día 26, día tan glorioso para las tropas liberales como infausto para los carlistas.

Era muy temprano cuando rompieron el fuego todas las baterías del cerco, haciéndole algunas muy sostenido con la idea de proteger la carga de la mina. Veía Espartero que el asalto era imposible y temeroso de que el sitio se prolongase por la tenaz resistencia que oponian los rebel-

des, teniendo tambien presente que lo crudo del temporal podia aumentar las bajas en los suyos, si se hacia mas duradero el campamento, no vaciló un instante en acometer una de esas empresas heróicas, que tanto abundan en los anales de su valiente ejército, empleando nuevos medios de vigorosa accion, aun á costa de la sangre de aquellos bravos, dispuestos siempre á sacrificarse por ornar su frente con nuevos laureles.

Serian las nueve de la mañana cuando mandó el duque al brigadier D. Manuel Concha jefe de la brigada de vanguardia, que se personase en la bateria de sitio, donde se hallaba el general en jefe, el cual le dió orden para que sin perder momento se apoderase á viva fuerza del edificio quebrantado ya y casi derruido, de la parte extrema del castillo hácia el Oriente.

Veinte hombres con oficial y sargento de los regimientos de la princesa y cazadores de Luchana, ofreciéronse voluntariamente á la ejecucion de tan arriesgada empresa. Hallábase la casa que debian tomar comprendida en el tercer recinto, que era la parte superior del castillo, dominando de flanco la puerta de la fortaleza, la cual estaba asegurada, con un terraplen de quince piés de espesor, además del foso imposible de cegar por estar formado en una escarpadísima roca que ofrecia un precipicio insondable.

La casa punto objetivo del ataque que iba á emprenderse tenia comunicacion con la torre del vigía; hallábase nivelada con los nuevos retrincheramientos construidos la noche anterior y enseñoreada solamente por la elevadísima torre del Homenaje.

Era por lo tanto su ocupacion de una importancia inmensa para las tropas liberales.

Los bizarros voluntarios tenian que marchar por la cuchilla desigual de la eminencia que ofrecia despeñaderos horribles á uno y otro lado.

Asentada la casa sobre la punta de una roca, presentaba una escarpa espantosa habiéndose asociado el arte con la naturaleza para hacer mas deslizante y rápido el derumbadero.

Los que caminaban delante entre aquellos valientes campeones, llevaban además de su fusil, algunos zapapicos para hender lo posible el escarpe, á fin de trepar y abrir un portillo en el muro que permitiese la entrada. Algunas compañías de la vanguardia fueron destinadas á marchar en apoyo de los esforzados voluntarios. Todas las demás tropas estaban prontas para apoyar y proteger la operacion con un vivísimo fuego, secundado además por la caballería segun le fuera permitido por la fragosidad y aspereza del terreno.

Dada la señal por el duque, rómpese en todas direcciones al mismo tiempo de ejecutar los voluntarios tan imponente y atrevido ataque. Trepano uno en pos de otro por aquellas agrias y peñascosas breñas, desoyen el fuerte estampido del cañon y el siniestro y aleve silbido de las balas, desafian la muerte, y arrostrando todos los peligros y vencidas todas las al parecer insuperables dificultades, logran al fin aquellos indómitos leones posar su osada planta sobre los humeantes escombros.

Aquí fué donde dió principio lo mas encarnizado y sangriento del combate. Los sitiados pelean como energúme-

nos, completamente frenéticos por la mas cruel y amarga desesperacion.

Sin parapetarse dirigen á cuerpo descubierto un fuego intenso y mortifero sobre los sitiadores arrojándoles piedras con velocidad y fuerte impulso, lanzando infinitas granadas de mano y no habiendo medio ofensivo que no les dicte el corage y que dejen de emplear al ver tan de cerca su rendicion y su esterminio.

Tan insólita, tan pertinaz resistencia, enardece mas el ánimo de los valientes acometedores, el fuego nutridísimo que arrojan sobre el castillo hace en él estragos horrorosos.

Un bizarro soldado, un héroe de los infinitos que contaba en sus filas el inolvidable regimiento de Luchana, pasa solo con imperturbable serenidad á la derruida torre del vigía; su inaudito arrojó asombra á cuantos le ven fijando en él sus miradas todo aquel numeroso y denodado ejército.

El estruendo simultáneo de la artillería, la estremada rapidez de los disparos, la certeza en los tiros, los sonoros acordes de los instrumentos bélicos, el incesante grito de los soldados, tanta animacion, tanto y tan general entusiasmo, todo contribuia á dar realce á aquel cuadro maravilloso y sorprendente que tendria mucho mas que admirar sino simbolizara tantos honores y no estuviera manchado con tanta sangre generosa.

Imposible seria trazar con exactitud los lineamientos que determinan este cuadro, considerado en todas sus fases y bajo las diversas y complicadas situaciones que á la vista ofrecia en cada instante un suceso de tan merecida importancia.

Habria transcurrido una hora de lucha tan sangrienta y terrible, durante la cual rodaban por aquellos despeñaderos los cuerpos de los carlistas, mutilados y hechos pedazos por las balas y granadas de la artillería, puestos muchos fuera de combate, por el repetido fuego de fusil, sepultados otros en los escombros de la fortaleza, muertos siete de sus mejores jefes, menguada en la mitad aquella valerosa guarnición, debilitadas las fuerzas de los que habían sobrevivido, abatido su espíritu al ver tanta perseverancia, tanto heroísmo de parte de los liberales, temiendo además por momentos la explosión horrenda con que amagaba anonadarlos la mina, resuélvense al fin aquellos bravos á enarbolar bandera blanca implorando ¡ *clemencia!* y pidiendo á grandes voces ¡ *la vida!*

«Eran españoles (dice el duque en el parte que elevó al gobierno dando cuenta de esta hazaña) y españoles obcecados que se habían batido con suma bizarría, y no pude prescindir de dar entrada á los sentimientos de humanidad.»

Una hora mas de resistencia habria puesto fin á la vida de todos aquellos infelices; pues la mina de la torre estaba ya para reventar y los hubiera indudablemente sepultado bajo sus inmensas moles de piedra y escombros.

El valor es siempre por los valientes respetado y el iracundo furor de los guerreros cesa ante la respetable presencia de un héroe rendido.

Inmediatamente ordenó Espartero al brigadier Linaje que subiese al castillo á garantir solamente la vida al resto de la guarnición que marcharon á Zaragoza como prisioneros de guerra.

CAPITULO LXXXIII.

Última batalla de Cabrera.

A todo esto, Cabrera seguia enfermo, ó mas bien en una convalecencia larga y penosa en Mora de Ebro.

Las posiciones que ocupaban las tropas de la reina despues de la toma de Castellote formaban una línea de circunvalacion, que iba estrechando cada vez mas los únicos baluartes considerables que aun restaban á Cabrera y que tantas glorias militares le habian granjeado en los mejores dias de su atronadora fama.

La Junta carlista de gobierno que se titulaba de Aragon, Valencia y Murcia, no contemplándose en seguridad, ni aun en los formidables atrincheramientos de Cantavieja y Morella emprendió la fuga encaminándose á Corbera, con la idea de pasar á Cataluña, caso de apuro y por fin guarecerse en Francia.

Las tropas de la Reina fueron apoderándose de las diferentes plazas que estaban en poder de los carlistas, viéndose

estos en peligrosísima situación; cercados del mar que tenían á su espalda, de un río invadeable que corría á su derecha y de un ejército triunfante y poderoso que estaba á su frente, no era posible que diesen ya cabida en sus pechos al menor abrigo de esperanza para el porvenir.

Faltábales además el poderoso auxilio de Cabrera cuya salud estaba muy léjos de mejorar.

Tomado por el general Leon el fuerte que en Mora le sirvió durante siete meses de asilo, se trasladó á Morella, haciendo su entrada en esta plaza en los primeros días de mayo, rodeado de dos mil infantes y trescientos caballos que eran las fuerzas destinadas á custodiarle.

Haciendo los mayores esfuerzos por animar á los suyos, salió al balcon de su alojamiento, luego de haber llegado á la poblacion, en donde le recibieron con las mayores muestras de alegría y dirigió una corta arenga á sus soldados y á las gentes del pueblo que anhelaban oírle, diciendo entre otras muy pocas, las siguientes palabras:

Vengo á cumplir el empeño que he tenido siempre por seguir en un todo la suerte que os esté preparada.»

Solo con estas frases pronunciadas con acento exánime por un hombre de aspecto cadavérico, creíanse no obstante invencibles los entusiastas admiradores del que ellos llamaban conde de Morella.

Desde allí dictó algunas disposiciones, entre ellas la de que la guarnicion de Cantavieja abandonase la plaza pasando á reunirse con su jefe en el bajo Maestrazgo, sufriendo varios descalabros que iban rápidamente eclipsando su estrella.

Enfermo aun y desfallecido partió de Morella el caudi-

llo tortosino, montado en una mula para reunirse con sus tropas que le esperaban en la carretera de san Mateo. Iba á dar la última batalla que habia de dirigir por sí mismo en aquella guerra.

Llenos de confianza algunos y desalentados otros, escucharon la corta arenga, de su general en jefe, tomando posicion las tropas carlistas en las altas colinas próximas á Cenia, último pueblo del llano, situado á un cuarto de legua de las formidables estancias que aseguraban la retirada á los puestos de Beicete.

Hizo Cabrera apoyar la derecha de sus tropas en el mismo pueblo de la Cenia, y ayudado de Arnau, jefe de crédito entre los suyos, teniendo á Forcadell inmediato, quiso al fin tentar la suerte de sus armas, presentando la batalla el 20 de mayo al bizarro general O'Donnell que con seis batallones y tres escuadrones venia desde Uldecona en su seguimiento.

Las fuerzas de Cabrera eran ocho batallones y dos cientos caballos.

Un fuego horroroso y bien sostenido hizo que en un instante se generalizase la pelea. Las tres columnas de los constitucionales ocupaban desde el camino de Morella hasta la carretera de san Mateo, estendiendo su ala derecha por el camino de Vinaroz, y los carlistas formaban desde la carretera de Herbés por detrás de Cenia, hasta la Galera; de modo que entre los caminos de Herbés y de Morella fué donde se trabó este combate.

Denodados estuvieron los de Cabrera de tal suerte, que hicieron al pronto retroceder á los contrarios, cuyo centro vióse forzado á replegarse al apoyo del ala derecha por la

parte de San Mateo; pero repuestos los de O'Donnell, acometieron con tal tino y bravura que abandonando Cabrera sus posiciones, despues de verse espuesto á grandes riesgos porque le mataron dos caballos, logró al fin escapar en el tercero, guareciéndose en las asperezas de Beizete.

Mientras el general del Centro derrotaba á Cabrera en Cenia, el Duque de la Victoria ponía cerco á Morella, el principal baluarte del carlismo en aquellas provincias, fortaleza que por no haber sido tomada en los anteriores sitios, reputábanla los carlistas como verdaderamente inespugnable.

Es por demás advertir que el activo Cabrera mientras estuvo la última vez dentro de sus muros, procuró abastecerla de todo lo necesario para un asedio, que debia creer prolongadísimo viendo los terribles medios de accion que habian de emplearse en su contra, abastionándola tambien de una manera sólida y firme, reparando los puntos vulnerables que se hubieran notado en las esperieucias anteriores. El brigadier D. Pedro Beltran mas conocido por *Pere del Riu*, fué nombrado gobernador de la plaza y para el cargo de teniente Rey fué elegido el coronel de caballería D. Leandro Castilla.

La guaruicion de Morella componíanla los batallones tercero y quinto de Valencia dirigidos por sus comandantes D. José Miralles y D. Manuel Lister, y el quinto de Aragon que regia D. Manuel Gil.

La fuerza de estos batallones ascendía á 1,300 plazas. La defensa del castillo estaba confiada á dos compañías de Miñones, mandadas por D. Pascual Gamundi, gente que inspiraba una gran confianza á Cabrera.



El 19 de mayo rompió Espartero el movimiento desde la Pobleta con la fatalidad de que al mismo tiempo rompiéronse también las cataratas del cielo pronunciándose una tempestad horrorosa. Esta circunstancia obligó á acampar las tropas, colocando la infantería sus tiendas y situándose el Duque con su Estado Mayor en la Masía de las Matas.

Hubo una nevada que fué el asombro de todos, amaneciendo el día 20 de mayo cubierto el suelo con mas de una tercia de nieve.

Apesar de esto el 23 al iluminar la aurora las crestas de las elevadas colinas del Mas del Pou y la Pedrera, distante esta media hora de Morella, los carlistas divisaron ya en ellas desde la mas alta cumbre de sus fuertes las primeras avanzadas del ejército sitiador.

Y era, en efecto, que las divisiones del Duque habian emprendido rápida y simultáneamente la marcha.

Siete dias estuvieron constantemente haciendo fuego los sitiadores y defendiéndose con heróico teson los sitiados.

¡Porfiada y sangrienta liza esta de Morella!...

Nada es comparable á la fiera y horrorosa perseverancia que ostentaban ambos ejércitos. Los unos empeñados en posar su planta atrevida en la última y mas formidable trinchera del carlismo, y obstinados los otros en no soltar la prenda mas estimable que aun les restaba sin dejar antes escarmentado el valor de sus contrarios.

Eran los postreros esfuerzos de una causa desesperada y moribunda... el vivo y siniestro resplandor que producen las últimas llamaradas de una bujía que se consume



por instantes... los postreros lamentos, la agonía de un enfermo que muestra horror al despedirse de la vida... la lucha en fin de la vida con la muerte!... de la luz con las tinieblas!...

En la mañana del 29 cuando ya habian sido lanzados sobre el castillo y la plaza mas de *siete mil proyectiles*, sin que apesar de esto dieran los sitiados señal alguna de rendimiento, redobláronse de nuevo los fuegos de los sitiadores en todas las baterías, dirigiéndolos principalmente al segundo recinto del castillo, logrando derribar dos de sus principales torreones y desmoronar gran parte de sus muros.

Un suceso horrible vino á dar nuevo aspecto, mas lastimoso aun, á aquel cuadro de espanto y de desdichas.

Una bomba de las infinitas que con tanto acierto dirigian al castillo sus contrarios fué á caer sobre el depósito principal de municiones, produciéndose una detonacion horrosa que hizo volar el edificio y con él una cantidad considerable de granadas y bombas cargadas que inflamándose aumentaron el daño.

Millares de arrobas de pólvora, mas de 80,000 cartuchos é infinitas municiones de todo género que habia en aquel repuesto, contribuyeron en gran manera á dar un aspecto pavoroso y aterrador al cuadro que presentaban la poblacion y el fuerte en los instantes angustiosos y horriblemente trágicos en que tuvo lugar esta espantosa catástrofe.

Enormes pedruscos y escombros de muchos quintales de peso, que momentos antes formaban parte de un edifi-

cio sólido y bien construido desprendiéronse instantáneamente para ser lanzados con fuerte impulso sobre la plaza, cuyas casas se desplomaban con estrépito, retumbando las calles al inesperado golpe de estos nuevos y estraños proyectiles.

CAPITULO LXXXIV.

La toma de Morella.

Estos estragos eran mas horrorosos dada la situacion topográfica de Morella.

El imponente castillo se eleva sobre la cúspide de una altísima montaña, teniendo la villa recostada á su falda, colocadas sus calles y sus casas en gradería figurando un anfiteatro, de manera que los proyectiles del almacén que sufrió la esplosion hicieron á la poblacion un daño incalculable.

Muchos jefes, oficiales y paisanos perecieron víctimas del incendio y de la accion tremenda y abrumadora de tantas moles como se desprendieron sobre sus cabezas.

Espectáculo horrendo, nefasto, cruel, desgarrador el que se ofrecia á la contemplacion de los que sobrevivieron, la presencia de tanto estrago, tanto fuego, tantas víctimas que lanzaban lastimeros ayes y sentidísimos lamentos. ¡Cuántas escenas de dolor y de sangre se reproducian sin cesar en aquellos instantes fatales dentro de aquel recinto,

cual si no bastase para hacer de él un teatro de espanto y de horrores el incalculable destrozo que ocasionaba el no interrumpido cañoneo del asedio!...

Sucesos de esta naturaleza influyen siempre, no solo fisica, sino moralmente en las personas que experimentan sus efectos. Fácil es, por lo tanto, presumir cuán aterrados quedarían los habitantes y los soldados que guarnecían á Morella despues del acontecimiento que acabamos de describir.

La desmoralizacion mas completa se apoderó desde entonces del ánimo de los defensores, relajándose todos los vínculos de la subordinacion y la disciplina y reemplazando al entusiasmo la indiferencia mas estúpida y el mayor abatimiento.

Los certeros y continuados tiros de los sitiadores les aturdián cada vez mas, viendo estos que en la torre de la Iglesia mayor estaba un vigía, encargado de marcar con las campanas las bombas que iban encaminadas á la plaza, tuvieron la fortuna de dirigir una con tal suerte que, penetrando por las troneras de la torre cayó dentro; pero sin ocasionar al vigía que era el sacristan de la parroquia, daño alguno, sino el susto consiguiente, pues, quedó tiritando de miedo y bajó con gran prisa las escaleras para unirse á la multitud de gentes que se habían refugiado en la iglesia considerándola como punto seguro contra las bombas.

Sin embargo, como los sitiadores notasen que el vigía había desaparecido de la torre, porque se negó completamente á seguir prestando tan penoso servicio, prevenidos del acierto, reiteraron sus disparos en la misma direccion

logrando introducir otra bomba por la ventana que forma el camarín de la Virgen de los Angeles, lo que causó el mayor asombro y terror en las personas refugiadas en la iglesia, que despavoridas se apresuraron á evacuarla.

Esta bomba que reventó en medio del templo, despues de pasar por detrás de la Virgen, sin tocarla, (circunstancia que los carlistas reputaron por milagro) no produjo sin embargo, mas daño que la muerte de un herido y la del físico que le estaba á la sazón curando.

Era, con efecto tan asombrosa la certeza de los acometedores que por dos veces con bala rasa derribaron el asta de la bandera que ostentaba el castillo. Otro de estos terribles proyectiles se llevó la cabeza de un artillero carlista, apenas el infeliz la descubrió para dar fuego á la pieza que estaba sirviendo.

Otras muchas balas iban á dar en la peña sobre la cual estaba fundada la fortaleza, haciendo saltar grandes lascas; enormes cantos de durísima roca esparciéndose por los aires iban con frecuencia á herir y aun á matar á los que en vano intentaban guarecerse en sitio seguro.

La altivez de los defensores de Morella, veíase ya convertida en pasmoso decaimiento. Los constitucionales iban á recoger el anhelado fruto de sus perseverantes esfuerzos.

La plaza y el fuerte debían rendirse, perdida la esperanza de que Cabrera acudiese en su auxilio, y ante el colosal poder de las huestes del Duque, no les quedaba mas remedio que la fuga ó el rendimiento.

Conociéronlo así los carlistas y tuvieron un consejo los principales jefes, acordando abandonar la plaza favorecidos por la lóbreguez de la noche.

El gobernador ordenó que solo la guarnicion de la plaza verificase la salida, continuando en su destino los mñones que defendian el castillo, disponiendo que se reuniesen al toque de retreta en la plaza del Estudio todas las tropas, para desde allí emprender rápidamente la marcha.

Pero siendo los habitantes de la ciudad de Morella tan adictos á la causa carlista y hallándose fuertemente comprometidos, era grande el temor que tenian á las tropas de la Reina y no fué posible al gobernador verificar la salida solo con la guarnicion, pues al propio tiempo que se reunian en la plaza, aparecieron allí infinitas familias de particulares y empleados, como tambien varios clérigos y monjas de los conventos que todavía se conservaban en la poblacion, quienes rodeados del equipage mas necesario que pudieron recoger en sus casas se mostraron dispuestos á partir, sufriendo la suerte de los que abandonaban la ciudad, no consintiendo quedar en esta por nada del mundo.

En vano observó el gobernador el gran peligro á que todos se esponian con aquella imprudencia y lo comprometidas que iban tambien las tropas con tales obstáculos y embarazos; pero todo era preferible para ellos á la presencia de sus enemigos dentro de sus hogares.

Nada mas triste y lastimoso que el cuadro desgarrador que presentaba en esta ocasion la plaza del Estudio, abigarrada de gentes de matices tan diversos, hombres, mujeres, niños, ancianos, sacerdotes, monjas, todos mezclados entre la tropa ó confundidos entre los bagages, lamentando la suerte infausta que les esperaba y clamando sin embar-

go, por abandonar aquellos muros, testigos para ellos de tantas desgracias.

Estos ayes, este movimiento sigiloso en medio de la confusion, estos altercados entre irse ó quedarse habidos á media voz en el silencio de la noche, daban un aspecto tristísimo al valle de lágrimas y de miseria que ofrecia la plaza del Estudio.

«*Adelante, pues, si no hay otro remedio*» dijo al fin correspondiendo á tanta súplica el gobernador, visto que no le era posible conseguir disuadirlos, y un tanto avanzada la noche emprendió sigilosamente la marcha la guarnicion, (dejando solo en la plaza una escasísima fuerza, compuesta en su mayor parte de quintos) seguida de aquella tribu numerosa, errante y desdichada que tantos males estaba destinada á sufrir en aquella terrible noche, y tantos habia de ocasionar tambien á los carlistas armados.

El órden en que se dispusieron para verificar la arriesgadísima y misteriosa fuga era el que sigue: iban á vanguardia las compañías de preferencia del quinto de Aragon y tercero de Valencia con el gobernador á su frente, franqueando el paso los dos batallones tercero y quinto de Valencia seguian formando la cabeza de la columna, el centro componíanle los empleados de la hacienda militar con sus respectivas familias, aquella muchedumbre de particulares con sus innumerables equipages, la plana mayor y los artilleros; finalmente la retaguardia cubríale el quinto de Aragon, los zapadores, ingenieros, algunos artilleros mas y oficiales agregados.

Imposible era que una caravana de esta especie lograse buen éxito en la fuga, al través de un ejército numeroso

que tenia ya en esta sazón sus líneas muy estrechadas y casi tocando á la plaza.

En efecto, no habian salido de ella los fugitivos, cuando aperebidos del hecho los infinitos escuchas que tenian las tropas de Espartero y prevenidas estas en virtud de aviso que con antelacion hubo de recibir el general en jefe por conducto de un capitan escapado en aquella misma noche del castillo, dejáronse oír fuertes y repetidas descargas que á quema ropa eran dirigidas, primero á la vanguardia despues á todo el grupo de aquellos infelices, por un batallón que estaba situado en acecho en un cerro próximo al campo santo de Morella.

Aquí fue donde conocieron cuanto tenia de peligroso y arriesgado la imprudencia cometida por los paisanos y por la autoridad que les otorgó un permiso que habia de acarrear á todos tan fatales consecuencias.

No es posible delinear el cuadro espantoso y horrendo que ofrecian en la oscuridad de la noche y en tal confusion aquellos desgraciados.

El fuego mortífero de los constitucionales causaba infinitos estragos en aquellas masas informes y mal coordinadas, que sirviendo de grande embarazo y estorbo para la defensa, solo eran propias para cebarse en ellas el plomo de los contrarios.

El aturdimiento acrecentaba la confusion y el desorden, y estos hacian mayor y mas acerbo el infortunio. En breve tiempo aquel campo era un lago de sangre.

La muerte llegó á fijar su trágico y pavoroso dominio en aquellos tremendos lugares.

Las victimas se multiplicaban sin cesar bastando un

instante para la completa defuncion de toda una familia. Allí el esposo sentia caer á su lado el yerto cadáver de la que era mitad de su existencia, que le daba el último «adios» exhalando un amargo suspiro.

La madre dolorida, abismada de terror y angustia veia al siniestro resplandor de los fogonazos arrancar de su seno al hijo idolatrado que le arrebató una bala homicida, sin darla tiempo siquiera para depositar en su helada frente el beso de despedida. El hermano veíase en un instante privado de su hermano, el amigo de aquel de quien él era tambien objeto de acendrada amistad.

El dolor intenso de los que sobrevivian solo encontraba remedio en la muerte y esta prodigábanla con tal lujo de crueldad los enemigos que á veces ahogaba en su cuna misma el sentimiento.

¡Triste fatalidad la de las guerras civiles, que así ordena la destruccion impía de las ramas de un mismo tronco, sembrando los ódios y los rencores en almas que han nacido para el amor y para la misericordia!...

Funesta horrible ley que llena el ánimo y el corazon de profundísimo y amargo desconsuelo!...

CAPITULO LXXXV.

Rendicion de Morella.

Acosados tan terriblemente por los sitiadores, corren muchos de aquellos infortunados á buscar otra vez amparo y refugio en la plaza; pero es vano su intento. Las puertas de la ciudad fueron cerradas por los que quedaron dentro y no permitiendo la oscuridad de la noche distinguir si eran amigos ó enemigos los que tenian junto al muro y pretendian franquearle ansiosos buscando entrada en la poblacion, en vez de facilitársela, llevados tambien de una fatal perturbacion de ánimo, los quintos que como hemos dicho quedaron defensores, emprendieron á tiros y á arrojar granadas de mano desde las murallas á sus mismos compañeros, causando en ellos un destrozo horrible.

Tambien los fuegos del castillo los combaten dirigiendo sobre todo repetidos cañonazos á la puerta del Estudio, que era el punto principal donde se agrupaban los infelices requiriendo el paso.

Víctimas de tanto y tan espantoso hostigamiento, recibiendo la muerte por doquier... de las murallas de la ciudad, de los empinados torreones del castillo y del campo de los sitiadores, los desventurados fugitivos de Morella luchaban en vano por salvar la vida que veían entre dos fuegos amenazada por todas partes.

Semejantes á una nave que agitada por las olas en medio de una gran borrasca sucumbe al fin rota en cien pedazos y vagan estos y flotan á merced de los vientos sobre la erizada superficie de aquel mar embravecido, estrellándose mil veces contra la inexorable dureza de las rocas, los carlistas de Morella despues de estrellarse tambien en sus muros y de verse rechazados por la dura é implacable fiereza de sus descreídos camaradas, deshechos en varios grupos vagaban, sin guia ni direccion al impulso violento de encontrados fuegos.

En tan lamentable y desastrosa situación ocurrió á muchos de ellos ir á acogerse al puente lavadizo del foso, único lugar en que estaban al abrigo de las balas, pero cargaron sobre él en número tan escesivo que á pocos minutos se hundió con estrépido, viniendo esta catástrofe á aumentar los horrores de aquella inaudita y singular tragedia.

La imaginacion que avanza siempre en sus ficciones, y que en sus creaciones fantásticas aumenta prodigiosamente la realidad de los hechos, no basta sin embargo para dar una idea cabal y exacta de espectáculo tan terrible, tan atroz!...

Centenares de víctimas exhalan allí el postrer aliento, ahogadas las unas en el foso, destrozados los miembros de

otras al tremendo crugir del hierro y los escombros, haciéndose los unos sobre los otros y aplastándose á sí mismos los padres con los hijos y los hermanos con los hermanos.

Otros muchos desgraciados que llegan huyendo del plomo abrasador á buscar el mismo asilo funesto agenos de lo que pasaba y engañados por la oscuridad, van corriendo de tropel y se precipitan en la mayor confusion dentro del foso donde yacen sus compañeros para aumentar el número de cadáveres.

Con horror se escuchaba en aquella horrenda fosa sepulcral algun agudo lamento, algun ¡ay! tristísimo escapado de vez en cuando á las victimas allí hacinadas, como síntoma fatídico de algunos restos de vida que hacia aun mas aterradora la presencia de la muerte.

Llena estaba ya la fosa y permitiendo el paso franco á los últimos que iban huyendo, se deslizaban aturridos sobre los mutilados é inanimados cuerpos de sus padres talvez y de sus deudos ó amigos!...

¡Así vino á servir de puente á los que sobrevivian la espantosa pirámide que formaban aglomerados los infinitos cadáveres de los que allí habian sucumbido!...

Escena lúgubre!... dolorosa y sangrienta!... atroz carnicería!... matanza horrible!... La imaginacion retrocede poseida de espanto, y el sentimiento á vista de tanta amargura tambien sucumbe y desfallece!...

¡La razon en fin se subleva y protesta indignada contra tan funesta aberracion de las pasiones humanas!

Hé aquí un retrato fiel de las guerras civiles!... fruto amargo del fanatismo y la ignorancia, de la ambicion y

la codicia, dotes que constituyen el patrimonio de todas las naciones que no gozan de un buen gobierno.

Después de algunas horas tan penosamente trascurridas reconociendo por fin los de adentro la voz amiga de sus compañeros, en la de muchos jefes que intrépidos se acercaban á la muralla gritando: *¡no hagais fuego, por Dios!... que todos somos unos!... somos vuestros camaradas!...* Cerciorados aunque tarde, de esta verdad, á beneficio de unos mechones de cáñamo en los cuales envolvian broza seca, y arrojábanlos encendidos desde la muralla para salir de tan terrible duda, los defensores abrieron al cabo las puertas, proveyendo además de escalas á aquellos desdichados para acelerar la entrada que verificaron presurosos, no sin sufrir todavía en estos últimos pasos algunos cañonazos del castillo, en donde juzgaron que era un asalto intentado por los sitiadores.

Estos, además del considerable número de muertos que en union con los del castillo y la plaza ocasionaron á los fugitivos desde las estancias en que se habian apostado para rechazar la salida, cojiéronles mas de quinientos prisioneros y gran porcion de equipages, y á no haber sido por la densa oscuridad de la noche y la incertidumbre de lo que pasaba, hubieran podido avanzar y apoderarse de la ciudad en aquellos críticos instantes, aprovechando la confusion y el desaliento que reinaba entre los sitiados.

El gobernador de Morella y parte de la compañía de cazadores que iban con él á vanguardia salváronse atreviendo con estremado arrojo el campamento del duque después de arrostrar los mayores riesgos.

Tal fué el éxito que tuvo la temeraria é impremeditada

fuga de la guarnicion y gran parte del pueblo de Morella.

Notaré aquí sobre todo la falta de prevision de estas gentes, que debieron tener muy en cuenta los peligros á que se esponian para dejar las prevenciones oportunas en la plaza, no fuera que al volver piés atrás, hallasen, como hallaron por parte de los de adentro tan áspera repulsa.

En todas las retiradas es forzoso y ley de guerra el prever estos casos que son muy frecuentes; pero es que el atolondramiento y la lijereza presidieron á todos los actos de los sitiados, desde el momento en que perdida toda esperanza, veíanse á merced de los sitiadores si no buscaban su salvacion en la fuga. Pero buscáronla tan en vano, que léjos de encontrarla, solo sirvió, como se ha visto, para acrecentar sus infortunios.

Refugiados ya en la plaza los fugitivos, ó los pocos que quedaron vivos despues de tanta catástrofe, ocupáronse unos en salir al foso y recoger los moribundos, que tendidos en aquel suelo avisaban de su existencia angustiosísima con lamentables ayes, trasladándolos á la ciudad que se halló á los pocos instantes convertido en un gran hospital, mientras los mas importantes se reunieron en consejo para tratar de la rendicion de la plaza.

El dia 30 propusieron los sitiados á Espartero una honrosa capitulacion; mas no les fué admitida, y por fin conociendo lo imposible que les era continuar la defensa se rindieron prisioneros de guerra.

Despidiéronse de la plaza aquellos valientes que tantos esfuerzos habian hecho para defenderla y formando ante el numeroso y brillante ejército de Espartero, que los recibió en los afueras de la ciudad formado y vestido de gran gala

por ser el día de la infanta doña Luisa Fernanda, verificóse el acto solemne é imponente de entregar las armas constituyéndose los rendidos prisioneros de guerra, cuyo número ascendía á dos mil setecientos treinta individuos.

Luego de concluida la ceremonia y hecho cargo el regimiento de cazadores de la guardia real, de estos prisioneros para escoltarlos hasta Zaragoza, verificó su entrada triunfal el duque de la Victoria, al frente de lo mas florido de su ejército, en la ciudad de Morella, alcázar famoso donde habia ostentado por tanto tiempo su orgullo y su pujanza el carlismo, baluarte célebre y terrible que en esta ocasion presentaba solo el triste aspecto de un cementerio y un basto hospital formando singular contraste con el tono alegre y satisfecho de los vencedores, con el marcial estrépito de las músicas que entonaban himnos á la libertad y cánticos de triunfo, los ayes doloridos y angustiosos de los moribundos.

El duque subió enseguida al castillo y colocó con sus propias manos la bandera de Isabel II constitucional en sus encumbradas almenas, donde poco antes hacian ondear los carlistas el lúgubre pendón del despotismo y la muerte.

Un decreto de la reina premió á los pocos dias el importante servicio que acababa de prestar el general Espartero, concediéndole el toison de oro y la gracia de que agregase en lo sucesivo al título de «DUQUE DE LA VICTORIA Y DE MORELLA» en justo recuerdo de esta hazaña.

Todos cuantos de una manera la mas eficaz y directa contribuyeron á ella, fueron galardonados tambien á propuesta del duque, pues el comportamiento de sus tropas

fué lo mas atinado y brillante que puede imaginarse.

El coronel don Leon María Rubiales, uno de los héroes de nuestra novela, que interesa mucho sin duda á nuestros lectores, fué herido durante el sitio por uno de los proyectiles que arrojaron de la plaza, salvándole un soldado la vida milagrosamente, y le fué concedido el grado de brigadier.

CAPITULO LXXXVI.

Rosa en la cárcel.

Si borrascoso fué el invierno de 1840, por los temporales y por la guerra civil, no lo fué menos el verano por las tormentas políticas.

Mientras las armas nacionales y el esclarecido capitán que con tanta gloria las mandaba vencían al absolutismo en los campos de batalla, los partidarios de este funesto sistema, preparaban en la corte el régimen absoluto, queriendo entronizarle nuevamente por medio de la astucia y de las intrigas cortesanas, anulando las conquistas que había hecho la revolución por el hidalgo medio de las armas.

Las cortes con inmensa mayoría moderada y absolutista, estaban á merced del gobierno y éste á merced de la camarilla, centro del cual partían todos los rayos que iban á herir de muerte la constitución española.

La Reina Gobernadora con sus hijas, salió en Junio, encaminándose hácia Barcelona por la vía de Zaragoza. En

la ciudad de Lérida esperó Espartero á SS. MM., procurando evitar que si estaba en Cataluña fugitivo se internase en Francia.

Vencida la insurreccion carlista que por espacio de siete años asoló nuestros campos, parecia natural que afianzado el trono, se afirmasen las instituciones restableciéndose el imperio de la paz y la prosperidad pública.

Empero, no estaban aun vencidos los carlistas; faltaban los que se habian atrincherado en la córte á la sombra del trono constitucional de la Reina niña, para causar con el tiempo su ruina.

Consecuencia de esto fueron los sucesos de Julio en Barcelona, que obligó á SS. MM. á trasladarse á Valencia y mas tarde el alzamiento de Setiembre.

Colocada D.^a María Cristina á la cabeza del bando moderado, que fué vencido por el liberal, se vió obligada, por no abdicar de sus ideas y opiniones, á renunciar la Regencia del Reino, teniendo el inmenso dolor de separarse de sus hijas, marchándose voluntariamente al extranjero, dejándolas confiadas al noble Duque de la Victoria.

Mientras tenian lugar estos acontecimientos políticos, sucedian otros particulares á los héroes de nuestra novela que vamos á referir á nuestros lectores, abandonando para ello el árido pero provechoso campo de la historia.

Vamos á trasladarnos á la cárcel de mujeres donde Rosa Torrente estaba hacia algunos meses, habiendo sido condenada á veinte años de presidio en la causa criminal que se la seguia como capitana de una partida de malhechores que habian cometido toda clase de crímenes.

¡Cuánto habia cambiado en estos meses de encierro!.....

No parecia la misma. Aquella hermosísima mujer que hasta en los campos y entregada á ejercicios violentos parecia majestuosa y bella, se habia vuelto fea; con su tez amarillenta y áspera, duras las líneas de su rostro á causa de la estremada delgadez de su cuerpo, hosca la mirada y destrenzado el cabello, que en ásperos mechones rodeaba su cuello, parecia una furia escapada del averno, mas bien que una mujer dotada de sentimientos humanos.

La espresion de su fisonomía, revelaba la exaltacion de sus ideas, que trastornadas ya desde el abandono de Jaime acabaron de desbordarse al entrar en aquella inmunda cárcel, donde multitud de nauseabundas y asquerosas mujeres la rodearon, llamándola amiga y compañera.

Antes tenia esperanza de ver á su hijo, ahora la perdió por completo, aunque le viera junto á sí, tenia que ocultar su sentimiento de madre porque habia una sima entre los dos.

Qué tenia ya que esperar del mundo?... nada; la vida le era indiferente y tan pronto se abandonaba al abatimiento más horrendo, como á la mas violenta desesperacion.

Rechazó con ira á las presas que se le acercaban, armó camorra con algunas, y como sus fuerzas eran colosales, siempre salia vencedora haciéndose respetar y temer de todas ellas.

Unicamente simpatizó con una que estaba allí por haber tenido la tentacion de robar á su ama un hermoso pañuelo de Manila, y era tan grande su arrepentimiento cuando vió las consecuencias de su falta, que no hacia mas que llorar y se pasaba los dias y las noches lamentándose de su suerte.

Esta muchacha tenia un nóvio que la iba á visitar una vez á la semana y siempre la llevaba algunos regalillos, que ella compartia con Rosa á la que se aficionó estremadamente.

Un dia despues de la entrevista con su nóvio, volvió mas triste que de costumbre y se puso á llorar.

—Qué tienes Petra?... la preguntó Rosa.

—Qué he de tener?... que voy á estar aquí toda mi vida!... Mi nóvio dice que si él tuviera dinero me sacaria bien pronto de la cárcel.

—Dinero!... y cuánto se necesita?... pregúnteselo; dijo Rosa animada por una súbita esperanza.

—Bien; cuando venga otra vez se lo diré; él dice que es amigo del carcelero y que ya encontraria medio de evadirme.

—Cuando vuelva dímelo, que quiero hablarle; tengo algo de dinero y si es bastante para salvarnos las dos no me importa gastarlo; lo daré por bien empleado.

Rosa estaba en el período de la desesperacion, cruzando por su mente borrascosas ideas de venganza.

Todo el amor que tuvo á Jaime se habia trocado en un ódio violento, implacable; á todas horas pensaba en él, y hubiera dado su vida por verle rendido... muerto á sus piés.

—El aristócrata!... murmuraba con rabia, que busca á las plebeyas, á las hijas del pueblo para deshonrarlas, para sumergirlas en el abismo de la degradacion y de la miseria y sea vergüenza luego del afecto que ha inspirado, porque no son de su condicion, por que no están á su altura! ah! infame!... tú probarás mis iras.

Y absorta en un pensamiento fijo, tenaz, que no la de-

jaba hallar sosiego alguno, la encontraba la noche y la aurora, exaltándose su mente mas y mas con tan prolongados insomnios.

El círculo morado que rodeaba sus ojos se ensanchaba cada dia y sus pupilas grises resplandecian con misterioso fuego.

Habló segun su deseo con el nóvio de Petra y habiéndola éste asegurado que con tres ó cuatro mil duros se comprometia á facilitar la evasion de las dos, le dió la comision de ir á Moralejo á vender ó empeñar las fincas que allí poseía.

Efectivamente, al mes poco mas ó menos de esta conversacion, volvió el muchacho que era un pasante de escribano, muy listo, y que habia desempeñado su comision á las mil maravillas, tomando cinco mil duros sobre la casa y fincas de Rosa, á retroventa por dos años, por si la interesada queria hacerse con ellas, habiendo hecho esta operacion D. Lesmes Sanguijuela, padre de un prestamista que tenia tambien en Madrid este comercio.

Rosa quedó muy contenta y empezaron las dos amigas á entregarse á una lisonjera esperanza, porque no tardarian mucho tiempo en abandonar aquella mansion de la miseria y el vicio.

El pasante trabajó con afan de manera que á los quince dias tuvieron aviso del carcelero para que tomando dos mantones y dos cestas que habia con toda intencion sobre un banco, se deslizasen rápidamente hácia la calle aprovechando la confusion que habia en la cárcel con motivo de la entrada y salida de unas presas y al propio tiempo la algarazara de la calle por donde corria la gente dando gritos de entusiasmo y de alegría.

Era el 29 de setiembre, día en que verificaba Espartero su entrada triunfal en la capital de la Monarquía, después de haber devuelto á España la paz, y el pueblo corría ansioso á saludarle.

Apenas Rosa se vió en la calle se despidió de su compañera que fué á reunirse con su novio y ella se encaminó directamente á un almacén de armas, donde compró por dos duros un agudo y finísimo puñal que se guardó en el pecho.

Compró en un puesto de fruta unos hermosísimos melocotones con los que llenó la cesta que llevaba al brazo y atravesando á duras penas por entre la multitud, se fué á casa de Jaime que vivía en una elegante casa de huéspedes en la calle Mayor.

Preguntó á un criado por el marqués de Nieblas, y dijo que acababa de llegar de Aragon y le llevaba por encargo de la marquesa una cesta de melocotones, con cuyo pretexto la dejaron pasar hasta su habitación, donde se escondió sin ser vista de Jaime que se hallaba en el balcón viendo la entrada triunfal de Espartero.

CAPITULO LXXXVII.

El mendigo mensajero.

Si cambiada estaba Rosa desde su estancia en la cárcel no lo estaba menos Tula; pero era en sentido inverso.

La carta de Leon fué un bálsamo bendito que devolvió los colores á su rostro y la alegría á su corazon. Se rejuveneció en pocos dias de una manera admirable.

Vivia su esposo, la amaba siempre y unidas como estaban sus almas ya podian afrontar la adversidad, rompiendo con su voluntad perseverante los lazos que la ligaban á aquel hombre aborrecido, lazos sociales únicamente sancionados por la ley que asoció sus fortunas y sus nombres quedando sus corazones en completa libertad.

Desde el dia que tuvo tan fausta noticia abandonó su soledad, fué varias veces á Huesca, manifestó á su hermana que la habian robado la niña como lo hicieron con el niño, creyendo que uno y otro robo era obra de Jaime, lo que desesperó á la superiora y en el parasismo de su pena

ya no pudo callar haciendo saber á su hermana todas las infamias de Jaime y uniéndose con ella y con Leon para vencerle por medios legales.

Estando ya el marqués completamente desenmascarado, ambas hermanas se dirigieron á él reclamando sus hijos y echándole en cara la infamia y crueldad de su conducta.

Agrias contestaciones mediaron con este motivo entre los dos esposos, pudiéndose decir que empezó el divorcio, porque Jaime entregado por completo á la política no salió de la córte y Tula continuaba en Zaragoza al lado de su madre.

Algunas tardes salia con Juana en carruaje á dar un paseo por aquella pintoresca campiña, siempre pensando en su Leon y devorando cuantos periódicos se publicaban por saber noticias de la guerra, lo que antes nunca se le habia ocurrido.

Supo que en la toma de Morella salió herido, habiéndole salvado milagrosamente la vida un soldado llamado Roque.

Desde entonces adoró á San Roque.

Vió despues tambien por los periódicos, que fué nombrado brigadier, y que entró en Barcelona con el general Espartero, despues de concluida la guerra civil y mientras la estancia de S.S. M.M. en esta capital.

Ya no podia descansar la pobre Tula. Estaba tan cerca Barcelona de Zaragoza que el mejor día creia verle llegar, y cuando salia á paseo examinaba todos los rostros que encontraba esperando ver de un momento á otro el de su amado Leon.

Al volver una tarde de paseo se acercó un mendigo á

pedirle una limosna y al recibir la moneda que Tula le daba dejó en su mano un pequeño papel retirándose con humildad sin levantar los ojos del suelo.

Este incidente pasó desapercibido á los ojos de los transeuntes y de los criados que guiaban el carruaje, que era una carretela abierta.

Tula dirigió al mendigo una mirada investigadora y apretó el papel en su mano.

Mandó que la llevaran á escape porque se sentia algo mal y momentos despues se encerraba con su fiel Juana en su tocador.

Las sonrosadas tintas de la felicidad invadieron su expresivo rostro al conocer la letra de su amado.

Cuán cierto es que la dicha transforma á las criaturas y sin embargo Tula no era feliz; pero su situacion habia cambiado y ya se creia en camino de serlo.

Leon le decia:

«Tula de mi alma; deseo verte, pero estás rodeada de espías del marqués y es necesario que nos veamos sin que puedan sospechar nuestra entrevista; contéstame por el mismo conducto que recibas esta.

Tu amante esposo,—LEON.»

Juana era para Tula la única persona de confianza, la confidente de sus amores y de sus penas, la compañera de su niñez y la consultó desde luego sobre los medios que emplearian para recibir á Leon sin que se apercibieran los criados de la casa que estaban la mayor parte de ellos á las órdenes del mayordomo y éste era un satélite de Jaime.

—Yo no sé cómo arreglar esto; exclamaba Tula; las

puertas de la quinta se cierran muy temprano y el mayordomo guarda las llaves.

—Sí, señorita; es verdad, pero fie V. en mí, que ahora mismo voy á dar vuelta á toda la casa haber si encuentro una puerta ó ventana que le facilite la entrada.

—Ah! cuánto te deberé!... corre Juana mia; corre, y vuelve pronto.

La hermosa jóven impaciente y deseando con ansia ver á su querido Leon ayudó á Juana en sus investigaciones yendo de uno en otro aposento, asomándose á los balcones, examinando la disposicion de ellos y bajando por último á los pisos de abajo que casi nunca visitaba.

Era muy difícil la realizacion de su deseo, por que desde el robo de la niña se egercia la mayor vigilancia, quedándose de guardia uno de los criados todas las noches, que con la escopeta al hombro recorría el interior y los alrededores de la quinta.

Juana afligida y desanimada fué á comunicar esta observacion á la marquesa lo que no pudo menos de apesadumbrarla.

Despues de un rato de reflexion exclamó:

—Y bien, que se vaya á Huesca; allí en la casa de mis padres, que tiene salidas al campo, y que apenas hay criados nos podremos ver.

—Es lo mejor, añadió Juana; y que los criados son antiguos, viejos todós que se acuestan al anochecer y hay mil medios de que aquí carecemos.

—Pues da la órden para que mañana al amanecer enganchen el carruaje.

—El mayordomo querrá acompañar á V. como siempre.

—No lo consentiré; que se quede cuidando la casa.

—Nos llevamos á su escribiente que es un muchacho muy guapo, que me hace el amor y yo respondo de él; dijo Juana.

—Convenido; á ver como te arreglas para dar mi carta á Leon.

Y Tula sentándose en su escritorio tomó una perfumada hoja de papel y escribió:

«Leon mio: como tú deseo vivamente una entrevista que no podemos tener en esta quinta sin inspirar sospechas; vete á Huesca, y en la casa de mis padres, en aquel templo de nuestro amor nos veremos; Juana te esperará en la puerta del campo que ya conoces.

Tuya con el alma,—TULA.»

—Ha concluido V. señorita?... dese V. priña por Dios, que el mendigo se está paseando por la alameda; ahora se ha sentado debajo de un árbol.

Tula cerró la carta y corrió al balcon.

Así que el mendigo la vió con el papel en la mano, se levantó y cogiendo una piedra hizo como que la tiraba.

—Lo ha entendido usted?... exclamó Juana; dice que tiremos la carta envuelta en una piedra; voy á buscarla.

Y rápida como el pensamiento bajó al jardin subió con una piedrecita pequeña que envolvieron en la carta; operacion que no se escapó al mendigo que lo observaba desde en frente.

Tula temblaba de emocion y de felicidad.

—Yo la arrojaré, dijo Juana; V. está temblando.

Se asomó primero al balcon y no vió á nadie; precisamente por aquel lado no habia mas balcones que los de la habitacion de Tula.

Luego era la hora del crepúsculo; las sombras de la noche iban cubriendo los valles, reflejándose en las altas cimas del Castellar los últimos reflejos del sol poniente.

La piedra despedida con fuerza fué á parar á bastante distancia del mendigo; éste la vió caer, hizo un signo con la cabeza y permaneció inmóvil algunos minutos reclinado en el tronco de un árbol.

Cuando vió que nadie le veia se quitó respetuosamente el sombrero en señal de despedida y se encaminó hácia el sitio en que habia caido la piedra. La cogió con disimulo y desapareció á poco por la carretera de Zaragoza.

Tula loca de alegría corrió al cuarto de su madre. La infeliz señora adivinó la felicidad en el semblante de su hija y fijó en ella su mirada elocuente, interrogadora.

—Qué feliz soy, madre de mi alma!... exclamó la jóven abrazando á la paralítica y cubriendo de besos su nacarada frente.

Luego acercó los labios á su oido y la dijo en voz muy baja como si temiera que las paredes oyesen y publicaran su secreto:

—Voy á ver Leon, me ha escrito; y mañana por la noche nos veremos en nuestra casa de Huesca.

Los ojos de la anciana brillaron como un relámpago fugitivo; apagándose despues y mirando á su hija con tristeza, como con temor.

—Ah! no hay cuidado; exclamó Tula adivinando su pensamiento; Jaime no lo sabrá.

Aquella noche Tula no durmió, y al amanecer se encaminó á Huesca acompañada de Juana y del secretario de la mayordomía.

CAPITULO LXXXVIII.

Dos maridos.

La tarde del mismo dia en que Tula salió de la quinta se halló instalada en el poético aposento que habitaba en la casa de sus padres cuando estaba soltera.

Se hallaba situado en el piso principal en un extremo de la casa teniendo al jardin una galería corrida cubierta de plantas y en cuyo extremo habia una escalera, la que pensaron desde luego utilizar para que subiera Leon, que entraria por una puertecilla de la huerta que iba á una estrecha y solitaria callejuela.

Tula al encontrarse en aquel aposento donde habia sido tan feliz en los primeros meses de su matrimonio con Leon, sintió renacer sus esperanzas de felicidad.

Los recuerdos halagüeños que se reproducen en nuestra vida tienen el poder de vivificar las muertas ilusiones, prestan calor á el alma y fuerza al corazon.

La jóven marquesa creyó que aquellos tres años y me-

dio de soledad y de lágrimas habían sido un sueño, una pesadilla cruel de la que despertaba para encontrarse en los brazos de su Leon.

Aquel período funesto había sido un paréntesis, del que no se quería acordar.

Llena de vivísima emoción pasó la tarde arreglando su aposento y colocándolo todo de la misma manera que estaba la noche en que recibió por primera vez al bizarro capitán de coraceros.

La pieza de tocador estaba tapizada con una tela de seda de color de botón de oro. En el centro se elevaba rodeado de colgaduras de encage el precioso tocador dorado con piedra de blanquísimo mármol, circundándole preciosas macetas de flores simétricamente colocadas y formando juego con las que había en los extremos y delante de los balcones.

Algunos pájaros de magnífico plumaje encerrados en doradas jaulas regalaban sus armoniosos cánticos á la poética moradora de esta bellísima mansión.

A los lados de esta sala de tocador estaban otras dos habitaciones dormitorio y cuarto de estudio separados únicamente por columnas de mármol blanco y colgaduras de raso amarillo.

Se conservaba de igual modo que cuando Tula le dejó, el precioso lecho de bruñido acero con adornos dorados guarnecido de blancas olas de muselina y encage que recogían por los lados guirnaldas primorosas de flores artificiales.

En el cuarto de estudio se veían su piano, su arpa, sus libros, su caballete y varios retratos de Leon y de Aurelio,

hechos por Tula y colocados en cuadros, que la jóven marquesa llevó allí á aquel aposento que consideraba sagrado como el templo de su felicidad.

Todo estaba en el mayor órden y cuidado, con el mas esquisito esmero.

Tula para distraer su impaciencia se puso á concluir un retrato de Leon que tenia empezado cuando se marchó á Francia el dia de la batalla de Huesca y que se conservaba en el caballete.

A las diez llamó á Juana, hizo que la preparase el traje azul y blanco, que se puso el primer dia que recibió á Leon y que la vistiera con suma coquetería.

Era enteramente la niña juguetona; se habia renovado su corazon y aquellos tres años de penas eran el paréntesis enfadoso que arrancaba de su vida para enlazar las dos épocas como si nada hubiera pasado.

¡Ilusiones deliciosas acariciadas y mantenidas por el exaltado vuelo de una imaginacion poética y ardiente!...

La triste realidad debia en breve hacerla caer de sus ensueños deliciosos, mostrando á sus ojos la amarga realidad.

El silencio mas absoluto reinaba en la casa y en la ciudad.

Cuando un reloj de torre dió las doce, Tula se levantó estremecida y salió á la galería que daba al jardin.

La noche estaba oscura y los árboles del jardin le parecian á Tula sombras que se movian creyendo en cada uno reconocer á su amado Leon.

Un fuerte viento que se habia levantado agitaba las plantas, confundiéndose con su ruido las pisadas de Juana

y de Leon que aparecieron por una calle de rosales; pero Tula á pesar de la oscuridad conoció á Leon por su gallarda estatura y bajó la escalera, rápida, anhelante, sin ver la tierra que pisaba, dirigiéndose hácia el esposo de su alma que la recibió en sus brazos ahogando los dos el grito próximo á salir de sus labios en un beso frenético, inestinguible, ardiente, que unió mas y mas sus almas que estaban enlazadas y fundidas en una desde que se conocieron.

Cogidos del brazo los dos esposos subieron á aquel aposento donde habian sido tan felices. Estaba espléndidamente iluminado y se pudieron mirar cara á cara y contemplarse con ese afán del ciego que ha estado largos años privado de la vista y de repente la recobra.

Enlazadas sus manos y mirándose bebían su amor en sus miradas y se olvidaban por completo del mundo, de su situación, de sus penas, de todo, para pensar solo en sí mismos, avaros de aquella dicha que no habian creído volver á disfrutar.

No hay nada mas egoísta que la felicidad!...

Hasta de su hijo se olvidaron...

Todo en el mundo es mentira, las glorias, los honores, las riquezas, los timbres de la cuna, todas esas vanas ilusiones tras que corremos afanosos, son una quimera, se alcanzan y desaparecen porque se convierten en humo, en polvo vano.

Solo hay de verdad en la vida el sentimiento. Únicamente son verdad las emociones hijas del corazón las que nos hacen reír y llorar, las que nos dan la felicidad ó la desgracia.

Busquemos el verdadero sentimiento, busquémosle

bien, por que se confunde muchas veces con el fingido, y allí encontraremos la realidad; lo único que no es mentira en este mundo.

Al volverse á ver los dos amantes esposos despues de mas de tres años, sintieron en su pecho la emocion purísima del verdadero amor. Lloraban y reian, y se hacian interrumpiéndose á cada momento mil y mil preguntas, repitiéndolas con delicia, una y otra vez.

Despues de pensar en sí propios su primer recuerdo fué para su hijo. Tula le mostró su retrato que tenia hecho en diferentes formas.

Leon le besó con entusiasmo, guardó algunos que habia duplicados y exigió de Tula que le hiciera copias de otros.

La contó minuciosamente todo cuanto le habia ocurrido desde que se separaron, y la dió minuciosos detalles sobre la conducta de Jaime, sobre su carácter y condiciones trazándola la marcha que debia seguir que era un absoluto disimulo y una gran diplomacia hasta conseguir encontrar á Aurelio y á la niña de Isabel, y una vez los niños en su poder, Leon se obligaba á conseguir de Jaime de grado ó por fuerza los documentos que debian legalizar su matrimonio, único legitimo por ser el primero, anulando el suyo que fué hecho en virtud del engaño y la traicion.

Tula le entregó la supuesta carta que Jaime la dió como escrita por Leon á la hora de la muerte y le refirió toda su vida, la intuitiva antipatia que sintió por él y su completa separacion en el seno de la familia.

Tres dias estuvo el jóven brigadier escondido en los

apuestos de su esposa, servíalos únicamente Juana prestando hallarse enferma su señora; de modo que ningun criado se apercibió de su presencia en la casa.

Cuando llegó el momento de separarse se desvanecieron como un sueño sus ilusiones de felicidad, y empezaron los lloros y los gemidos.

La realidad amarga de su anómala y estraña situación apareció á sus ojos recordando los dolores pasados y anunciando otros no menos crueles para el porvenir.

Leon iba á Barcelona y pensaba irse despues á Madrid con el esclusivo objeto de buscar á su hijo y de avistarse con Jaime.

Antes de que la luz del nuevo dia iluminase la tierra, dejó Leon aquel poético Eden, donde quedaba su vida y su alma. Acogojada Tula le acompañó hasta la puerta del jardin, sufriendo varios síncope.

Por último desesperado y medio loco de dolor la dejó desmayada en brazos de Juana y se alejó corriendo por que la luz de la aurora empezaba á iluminar las crestas de los cerros y no le era posible detenerse mas sin ser descubierto.

Realmente desde aquel dia Tula estuvo enferma y á pesar de que se sentia tan mal se trasladó á la quinta, donde llegó por la noche con una fiebre ardientísima.

¡Desdichada posicion la suya!... Tener dos maridos, legítimos!... El uno adorado de su alma!... El otro aborrecido... y sin poder desatar los odiosos lazos que á éste le unian!.. ¡Inmensa desgracia agoviaba á la infeliz!...

CAPITULO LXXXIX.

Tal para cual.

La mañana del 29 de setiembre estaba el marqués de Nieblas en su aposento, de la casa donde se hospedaba, situada como hemos dicho en la calle Mayor.

Tenia un humor malísimo; ya por dos veces habian rodado varios objetos que arrojó á la cabeza de su criado, y sin poder darse cuenta de la mala impresion que así le ponía, daba vueltas en su cuarto de arriba abajo deteniéndose á cada momento con deseos de emprender á bofetones con el primero que se presentase.

Su estado nervioso se exaltaba mas y mas á medida que crecía el ruido de la calle; era un verdadero acceso de demencia.

Por la mañana habia salido al parecer contento y volvió furioso.

Tenia varias cartas abiertas sobre la mesa que quizá alguna de ellas, fuese la causa de su mal humor, aunque

tenia mucha parte la algazara del pueblo de Madrid, que lleno de inmenso regocijo por la llegada de Espartero le preparaba una recepcion verdaderamente régia, ocupándose infinidad de hombres en levantar arcos de triunfo.

Dos golpecitos dados tímidamente en la puerta de su gabinete, le hicieron estremecer presintiendo que algun nuevo importuno iria á molestarle cuando mas deseaba estar solo.

Cesó en sus paseos, fué á sentarse en su sillón delante de la mesa y sin volver siquiera la cabeza dijo con voz áspera y desagradable, «adelante.»

La puerta se abrió presentándose uno de nuestros antiguos conocidos Toribio Sanguijuela.

—Ah! eres tú?... exclamó el marqués, como alegrándose de su llegada.

—Si, señor; vine esta mañana y no tuve el gusto de encontrar á V.; contestó Toribio inclinándose servilmente.

—Salí en efecto y ojalá no hubiera salido, por que dá ira ver á esa chusma de nacionales preparando un ostentoso recibimiento á su imbécil caudillo.

—Si le oyeran á V... es un crimen hablar así del semi-dios, del pacificador de España, como le llaman sus corifeos; y ya le tenemos en el poder, nuestro partido está por tierra.

—Ya lo sé; y eso es precisamente lo que me pone de mal humor. No faltará Rubiales entre la comitiva..... oh! ardo de furor!... El ha estado en Zaragoza y ha visto á mi mujer, y ella lo sabe todo!... y me ódia y me desprecia mas que nunca!... ¡Qué cartas me ponen!... ¡Dios mio!... esto es para volverse loco!...

Y con ira mal reprimida estrujaba las cartas que tenia sobre la mesa, poniéndose pálido, convulso y brotando fuego por los ojos.

—Me parece, señor, que el divorcio va á ser indispensable, dijo Toribio.

—Si dieran lugar á eso los presento al tribunal como adúlteros, y me la pagan; pero no, están muy sumisos, sus cartas me hieren profundamente, aun cuando son modelo de diplomacia y de finura.

—La salvaguardia de V. es el niño.

—Es verdad, y por cierto que aquí tengo ya la credencial para Lopez; deben partir hoy mismo para Sevilla donde va destinado, llevándose á Aurelio y encárgale mucho, tanto á él como á su mujer, que ha de pasar por hijo suyo y que nadie sospeche lo contrario.

—Pierda V. cuidado que así lo harán; precisamente como se les ha muerto un niño de la misma edad, queda éste en su lugar, y saliendo de Madrid para una provincia donde nadie los conoce, no es fácil que se descubra.

—Entonces por este lado estamos tranquilos.

—Completamente tranquilos; sí, señor,

—Pues ahora me atribuyen tambien el robo de la niña!... Has visto hombre?... y me creen un ambicioso, que por acumular todas las riquezas sobre mi primogénito, he hecho desaparecer los dos niños de la casa. ¡Vive Dios!..... que ya no tengo paciencia.

—¿Y quién se habrá llevado la niña?

—Qué sé yo!... á mí solo me interesaba Aurelio, por que con él sujeto á Rubiales, y mientras esté en mi poder no intentan nada contra mí sin entrar en negociaciones.

—Es particular eso.

—Yo casi adivino de dónde viene el golpe; murmuró Jaime, tornándose de nuevo sombrío y taciturno, al pensar en Rosa.

Aquella mujer era su pesadilla.

Creyéndola en la cárcel no podía él imaginarse que en aquel momento se ocupaba de comprar unos melocotones y dentro de una hora la tendría en su misma habitación.

—Y volviendo á Lopez; dijo el marqués ¿sabe quién eres?... Te conoce?

—Nó, señor; únicamente sabe que el niño se ha criado en Moralejo, que es huérfano y que soy su tutor; pero no hay nada que temer por su parte; es gente interesada, estaban cesantes, sin un maravedí, y de pronto se encuentran con un destino de veinticuatro mil reales y con una bonita pension para el niño, además de ciertos regalillos; de manera que no puede quejarse, y no solo quejarse, sino que su mayor deseo es que estemos contentos de su conducta que no puede ser mas digna.

—Necesitarán dinero para el viaje...

—Precisamente eso queria decir á usted y conviene que se marchen hoy, porque D. Leon entrará con Espartero, no tengamos otra como la de antaño, que se encontraron el padre y el hijo en mi casa de Moralejo!... Vamos, coincidencia mas rara no se vé!... Y cómo simpatizaron!... Lo que es la naturaleza!...

—Toma, ahí tienes dinero!... bien caro me va costando el chiquillo; y tú tambien esta misma noche sacas á Octavio del colegio y te lo llevas á Alemania, donde concluirá su educacion; ya está todo preparado; y aquí tienes los pa-

peles, cartas de recomendacion y dinero necesario; el director está prevenido.

—Corriente; entonces ya no nos veremos, hasta la vuelta.

Toribio se levantó al decir esto, y, fué colocando en los anchos bolsillos de su pantalon y en los de su raida levita los papeles y dinero que le entregó el marqués. Recibió otros varios encargos y por último se despidió y salió á la calle que apenas se podia atravesar á causa del gentío que transitaba por ella esperando la llegada de Espartero.

El marqués pidió el almuerzo, que tardaron algo en servirle, lo que aumentó su mal humor.

Hubo de reñir con este motivo ágricamente al criado y éste se disculpó, con que habian llegado unos militares que invadieron la casa y estaban muy ocupados en la cocina preparando los almuerzos.

—De manera que ya no quedará hueco en la casa para nadie!... preguntó Jaime.

—Nó, señor; estas habitaciones contiguas á las de V. las ha tomado un brigadier que llega con el Duque.

—Una sospecha rápida como el pensamiento cruzó por la mente del marqués.

—Si fuera él!... murmuró frunciendo el ceño.

Apenas almorzó; estaba hartó preocupado para cuidarse de atender á las exigencias materiales.

Además su naturaleza eminentemente nerviosa y exaltada no le permitia fijarse en los placeres de la mesa; otros eran los que ambicionaba su alma que no podia alcanzar.

Con el amor de Tula aquel hombre hubiera podido ser

bueno, á veces las naturalezas mas perversas se transforman á impulsos de ese sentimiento divino, que hace de las criaturas ángeles en la tierra.

Con su ódio era un demonio; sus malas pasiones crecian y la ira que fermentaba en su pecho pujante y vigoroso, le inspiraba deseos de venganza que no podia reprimir.

Su situacion con respecto á su esposa, era fatalísima; era el marido sin mujer, era el administrador de unos bienes que no eran suyos; de los que no podia disponer sin el consentimiento de ella, segun nuestras leyes.

Y para mayor dolor; Tula que tenia un capital de veinte millones, no era dueña tampoco de ellos, y segun el código pertenecian al hijo de aquel hombre aborrecido, que habian consentido en adoptar como primogénito y como de legítimo matrimonio.

En tanto los otros dos niños estaban perdidos, y llorando sus padres la funesta fatalidad que les envolvió en unas redes difícilísimas de desatar.

Aquí las leyes favorecian al malvado y al traidor, despojando inícuamente á la *inocente*. Y esto sin apelacion.